



¿Por qué no abrirse a la bondad de Dios?

2013-02-04

Evangelio

Del santo Evangelio según san Marcos 5, 1-20

En aquel tiempo, después de atravesar el lago de Genesaret, Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla, a la región de los gerasenos. Apenas desembarcó Jesús, vino corriendo desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu inmundo, que vivía en los sepulcros. Ya ni con cadenas podían sujetarlo; a veces habían intentado sujetarlo con argollas y cadenas, pero él rompía las cadenas y destrozaba las argollas; nadie tenía fuerzas para dominarlo. Se pasaba días y noches en los sepulcros o en el monte, gritando y golpeándose con piedras.

Cuando aquel hombre vio de lejos a Jesús, se echó a correr, vino a postrarse ante él y gritó a voz en cuello: "¿Qué quieres tú conmigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? Te ruego por Dios que no me atormentes".

Dijo esto porque Jesús le había mandado al espíritu inmundo que saliera de aquel hombre. Entonces le preguntó Jesús: "¿Cómo te llamas?" Le respondió: "Me llamo Legión, porque somos muchos". Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca.

Había allí una gran piara de cerdos, que andaban comiendo en la falda del monte. Los espíritus le rogaban a Jesús: "Déjanos salir de aquí para meternos en esos cerdos". Y él se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y todos los cerdos, unos dos mil, se precipitaron por el acantilado hacia el lago y se ahogaron.

Los que cuidaban los cerdos salieron huyendo y contaron lo sucedido, en el pueblo y en el campo. La gente fue a ver lo que había pasado. Se acercaron a Jesús y vieron al antes endemoniado, ahora en su sano juicio, sentado y vestido. Entonces tuvieron miedo. Y los que habían visto todo, les contaron lo que le había ocurrido al endemoniado y lo de los cerdos. Ellos comenzaron a rogarle a Jesús que se marchara de su comarca.

Mientras Jesús se embarcaba, el endemoniado le suplicaba que lo admitiera en su compañía, pero él no se lo permitió y le dijo: "Vete a tu casa a vivir con tu familia y cuéntales lo misericordioso que ha sido el Señor contigo". Y aquel hombre se alejó de ahí y se puso a proclamar por la región de Decápolis lo que Jesús había hecho por él. Y todos los que lo oían se admiraban. Palabra del Señor.

Oración introductoria

Padre, creo que quieres darme la fe, la esperanza y el amor que necesito para

poder experimentar tu presencia en esta oración. Mi corazón tiene sed de eternidad, quiero alcanzar la santidad para la cual he sido creado, cueste lo que cueste, por eso me pongo en tus manos. Sé que Tú nunca defraudas a nadie que se acerque a Ti con humildad y amor.

Petición

Señor, que sepa abandonarme y confíe siempre en tu poder salvador.

Meditación

¿Por qué no abrirse a la bondad de Dios?

«Los milagros de Cristo no son una exhibición de poder, sino signos del amor de Dios, que se actúa allí donde encuentra la fe del hombre, es una reciprocidad. Orígenes escribe: “Así como para los cuerpos hay una atracción natural de unos hacia otros, como el imán al hierro, así esa fe ejerce una atracción sobre el poder divino”. Por tanto, parece que Jesús —como se dice— se da a sí mismo una razón de la mala acogida que encuentra en Nazaret. En cambio, al final del relato, encontramos una observación que dice precisamente lo contrario. El evangelista escribe que Jesús “se admiraba de su falta de fe”. Al estupor de sus conciudadanos, que se escandalizan, corresponde el asombro de Jesús. También él, en cierto sentido, se escandaliza. Aunque sabe que ningún profeta es bien recibido en su patria, sin embargo la cerrazón de corazón de su gente le resulta oscura, impenetrable: ¿Cómo es posible que no reconozcan la luz de la Verdad? ¿Por qué no se abren a la bondad de Dios, que quiso compartir nuestra humanidad? De hecho, el hombre Jesús de Nazaret es la transparencia de Dios, en él Dios habita plenamente. Y mientras nosotros siempre buscamos otros signos, otros prodigios, no nos damos cuenta de que el verdadero Signo es él, Dios hecho carne; él es el milagro más grande del universo: todo el amor de Dios contenido en un corazón humano, en el rostro de un hombre» (Benedicto XVI, 8 de julio de 2012).

Reflexión apostólica

«Cultiven para ello la oración y la vida sacramental en familia, siendo testigos ante los demás de la propia fe» (Manual del miembro del Movimiento *Regnum Christi*, n. 284).

Propósito

Ser un fiel testigo y apóstol del amor de Cristo entre mis familiares y amigos.

Diálogo con Cristo

Jesús, gracias por no dejarme caer en el conformismo de una vida de pecado, que parecería no tener solución, porque siempre caigo en las mismas faltas. Tú me das libertad y me ayudas para que sepa mantenerme alejado de los vicios, del

materialismo o de la indiferencia. Me das tu gracia para rectificar mis debilidades. Permite que esta oración me lleve a corresponderte.

«El cristiano convencido y enamorado de Cristo es capaz de superar cualquier dificultad que le venga con tal de ser fiel y vivir plenamente su misión de testigo y de apóstol»

(*Cristo al centro*, n. 1616).